

[35]

El Caribe me cambió la vida

Soy Gladys Zárate Cárdenas, la cuarta de cuatro hermanos. Naci en Bogotá y allá terminé bachillerato. Mi hermano, que militaba en el Partido Comunista, tuvo que salir de Bogotá y, yo fui a parar a Barranquilla donde el estaba. Yo militaba con la Unión Patriótica. Conocí a Alfonso Jacquin y eso me marcó toda la vida. Un amigo se vino para San Andrés, me envió el tiquete y yo me vine. Llegué a la isla en 1986. En una tienda planeamos nuestra primera acción, tornarnos la electrificadora. Nos detuvieron. Eso me estigmatizó. Se sigue creyendo que ser simpatizante o cercano al M-19 es sinónimo de guerrillero. Después, conseguí una documentación del gobierno de Antonio Manuel Stephen, e hicimos la primera denuncia penal. El gobernador fue a la cárcel por esa acción, que lo denunciaba por corrupción. También entablé una acción contra otro gobernador, Leslie Maffya Bent, quien fue suspendido primero y luego destituido y encarcelado. Hubo otras muchas denuncias contra él. Desde 1999, creamos una organización que se llama Sentido de Pertenencia, y que ejerce una veeduría.

Tuve una infancia consentidísima, como hija menor de familia que era. Me la pasaba en la finca del abuelo, montada en cuanto árbol había, me gustaba estar mirando qué hacían los trabajadores de la finca, siempre estaba más con ellos que en la casa de la finca. Me parecía un ambiente más para mí.

Mi mamá era una persona muy elemental pero cargada de mucha ternura, muy recursiva, vital. Mi papá era el mantenido de su papá, o sea de mi abuelo; siempre andaba en lo que el quería. Pero el que estaba pendiente de que no nos faltara nada en casa era el abuelo. Mi papá fue el que me rega-

lo el primer libro de literatura que leí: *El coronel no tiene quien le escriba*. Siempre fuimos amigos pero chocábamos mucho. Decía que lo importante no era ser o no profesional, sino aprender a leer. Era un jugador empedernido de caballos, llenaba su revista 5 y 6 y se iba para el hipódromo. Cualquier día se ganó un premio y nos mandó en tren a casa de mi abuela materna. Eso siempre lo tengo en mi mente. Fue como a los 6 o 7 años y para nosotros fue todo un acontecimiento. Mi mamá nos hizo un fiambre y nosotros no nos cambiábamos por nadie con ese viaje. Momentos como este fueron los que quedaron en mi corazón. Hay muchos más recuerdos de la infancia.

Hacia la militancia comunista

Mi hermano fue mi mejor amigo, mi compañero. Iba por mi al jardín infantil que quedaba a dos cuadras de su escuela y me llevaba a su clase porque el hablaba con su profesor y me sentaba ahí a su lado. Siempre lo quise y como hermana menor quería seguir los pasos de él. El fue mi referencia para todo. Me llevaba en el hombro y me entraba a cine con sus amigos. Me abrió mucho camino, me hizo como persona, me inculcó muchos valores, me enseñó a Nietzsche y con el aprendí a amar entrañablemente a los Beatles. El me enseñó la importancia de la vida. Era la equidad en todo.

Mi hermano pertenecía a un grupo de trabajadores del Partido Comunista. Yo me acuerdo que me daban periódicos y me los ponían debajo de mi camiseta porque como era niña no me podían escuchar. Las primeras firmas que recogí cuando

yo tenía trece años fueron para hacer un movimiento de vanguardia juvenil. El nos diseñó los formularios y nos fue bien. Después resulté vendiendo *Voz Proletaria*. Me gastaba la plata del periódico en cine, que me gustaba mucho, o si cualquier compañero no tenía plata, entrábamos al cine con eses dinero. Como éramos como mascotas, las personas mayores nos salvaban de las cuentas, de cualquier cosa. Siempre había alguien que pagaba por nosotros.

Terminé bachillerato en Bogotá. Pero como mi hermano militaba en el Partido Comunista tuvo que salir de Bogotá y, por supuesto, su hermanita menor fue a parar a Barranquilla donde él estaba. El Caribe me cambió la vida. Viví en Taganga con unos pescadores lindísimos. Estuvimos vinculados con el grupo de teatro La Tarima. Conocí la salsa y a una mujer que quise mucho, que se llamó Clementina Cañón, la madre de Jaime Bateman. Conocí a Alfonso Jacquin y eso me marcó toda la vida. Ha sido definitivo.

Quise estudiar ciencias sociales en la Universidad del Atlántico pero en la cafetería de la Universidad me desvié. Como nunca he revelado la edad por la cara de peladita que he tenido siempre, le hice la segunda a mis compañeros y eso me pareció más interesante que ir a clase. Yo cargaba las tachuelas, las piedras o cualquier otra cosa que fuéramos a hacer en la Universidad y a todos los esculcaban menos a mí. Me acuerdo que una vez estábamos con el grupo de teatro y llegaron los tiras detrás de nosotros. Era como a dos cuadras de la universidad y la policía esculcaba a todos buscando marihuana, y me esculcaron a mí, y yo tenía la cajita donde la guardábamos. El policía me pidió la cajita pero luego me la devolvió porque "a esa niñita no hay que esculcarla".

La llegada a la isla con el propósito de dejar el pasado

Eran los años ochenta cuando empezó la época de las desapariciones. Uno llegaba a la cafetería de la Universidad y se enteraba de que los amigos y compañeros que estaban con nosotros iban desapareciendo uno a uno. En Barranquilla, yo militaba con la Unión Patriótica. Un amigo se vino para San Andrés, me envió el tiquete y yo me vine. Llegué a la isla en 1986.

Cuando llegué aquí no encontré al amigo que me tenía que recoger en el aeropuerto. Tomé un taxi y le dije al conductor que si me podía llevar a un hotel superbarato y bueno. El señor, muy lindo me miró por el espejo retrovisor y me dijo: señora, ¿no le importa que yo la lleve a la casa de mi hija, que se va a Miami? Le dije que no y me llevó para Sarie Bay. Una familia nativa bellísima me acogió como huésped, sin ningún tipo de prevención, con mucho cariño. Lo que iba a durar uno o dos días, mientras yo encontraba mi amigo, duró un mes largo. Cuando quise salir de ahí fui a pagarle a la señora y no me quiso recibir nada.

Siempre los recuerdo con cariño. Es la parte linda de la isla. La gente de aquí no tenía ningún tipo de prevención, eran personas supremamente confiadas. Los dañó el engaño del Estado, de la gente del continente que les asaltó en su buena fe, en sus costumbres.

Yo tenía conmigo misma el compromiso de ser una persona común y corriente. Quiero decir que quería cortar con todo un pasado y estar en la isla sólo para trabajar. No opinar, no meterme absolutamente en nada, como renacer. Algo que no se pudo cumplir. Cuando llegué a la isla vine con negocios como la distribución de ponqué Ramo y leche La Cremosita. Tuve éxito como comerciante. Pero eso no era interesante. Cuando fui negociante hubiese podido comprar uno o dos terrenos, pero eso no era mi objetivo, porque los nativos los ofrecían, me decían "venga y hace su casa aquí y me va pagando como pueda".

Fue imposible cumplir mis propósitos de no meterme en nada porque aquí tuve encuentros con personajes bellos y más consecuentes que lo que yo era en ese momento. Eso me llevó a la lucha por varios años.

De pronto me contactó una persona a quien quiero mucho, y me dijo: ¿qué hubo negra? Yo quedé sorprendida: ¿cómo conseguiste el teléfono? le pregunté. Eso no importa: vente para el hotel. Llegué y nos abrazamos, tomamos cerveza, lloramos como siempre. No se por qué hacemos eso siempre con los amigos. El acababa de salir del juicio al M-19, me contó toda la carreta de cómo se estaba dando el proceso y me habló de la Constituyente. Y otra vez caí en las redes, me

dejé seducir. Le hicimos campaña a Vera Grave para el Senado. Mis amigos de fuera siempre me han mantenido, en el mejor sentido de la palabra.

Las acciones del M-19

También llegaron una mujer que hacía teatro en Cali y su compañero, un muchacho de Providencia. Venían de la Universidad del Valle. Los encontré con un libro de Gonzalo Arango. Estaban de vacaciones aunque seguían con el gusanito de cambiar el mundo, venían cargados de música de Silvio Rodríguez, de Charlie García. Me tropicé con ellos y fue un encuentro maravilloso.

A los diez días nos citamos en el parque Bolívar, en la tienda del Sr. Thomas Livingston, y ahí me enredé. No fue difícil convencerme. En esa tienda planeamos nuestra primera acción, tomarnos la electrificadora. Había muchos cortes de luz porque se habían quemado las plantas y le seguían cobrando a la gente sumas altas por el servicio. Se decía que había una planta buena y que no la querían poner en funcionamiento porque se pretendía que el gobierno nacional la recibiera como una planta quemada. Todo nos salió bien. Fue una toma de mucha conciencia y en ese trabajo hubo solidaridad. El objetivo se cumplió, salió a la calle cualquier cantidad de gente. Pedimos la cabeza del gerente, que era Félix Palacios, y lo sacamos.

Habría mucho que contar de esa historia. Recuerdo una anécdota. Quisimos hacer una toma frente al cañón de Morgan con un discurso muy “mamerto”, ¡qué pena! Y la gente salía y salía, y había un coronel Lizarralde que me llamó y me dijo: ¿ahora qué piensan hacer? Yo le dije: coronel, vamos a dar un discurso y que la gente se vaya para su casa. El coronel dijo: ¡no sean tan “huevones”! Matan el tigre y le temen al cuero. Tienen que salir a marchar porque, si no, la gente se los va a comer vivos. ¡Sigan adelante! Eran las siete de la noche y nosotros pretendíamos que la gente se fuese para su casa. Gente nativa y del continente nos apoyaba. Cuando salimos a explicarle a la gente que Félix Palacios había pasado la carta de renuncia y que era mejor irse para su casa, nos empezaron a decir: ¡vendidos! ¡vendidos! Y nosotros estábamos bastante asustados. En fin, la fuerza pública nos tuvo que ayudar. Nos

detuvieron, y Simón González, que era el intendente, estaba super molesto. Como ya teníamos nueva Constitución, con ella en la mano nos hicimos sacar.

Pareciera que fue la primera vez que pasó algo así en la isla. Eso me estigmatizó. Siempre se sigue creyendo que ser simpatizante o cercano al M-19 es sinónimo de guerrillero. Eso cierra unas puertas pero también abre otras. Jamás me he preocupado por dar explicación de si lo soy o lo he sido. Es parte de mi vida. El amigo de Providencia, después de un tiempo, viajó. Es alguien a quien quiero mucho. Le profeso respeto porque ha sido o es consecuente con su vida.

Después, en plena campaña electoral, propusimos un candidato para la asamblea por el M-19, y un gamonal político se infiltró dentro del movimiento y propuso otro candidato. Como siempre, al dividir ninguno de los dos quedó. Esto fue una tontería porque jamás le hubiésemos apostado a algo así.

La veeduría y denuncia ciudadana de los gobernantes

Con la Constitución del 91 viene la participación ciudadana en las decisiones del Estado y, con ella, la gran decepción. De esa Constitución hay un artículo que quiero muchísimo: el 23. Por ese artículo soy la persona más odiada y más querida también en San Andrés. Con él se rompen los esquemas porque los funcionarios públicos, que se sentían los dueños de todo lo que manejaban, de las oficinas, de las entidades, deben entregar cuentas. Para ellos es duro porque es, de una u otra manera, tocarles su arrogancia.

Consegui una documentación del gobierno de Antonio Manuel Stephen, la estudiamos, la investigamos y fuimos responsables e hicimos la primera denuncia penal. A mucha gente le gustó nuestro proceder y a otra le disgustó. Se empezó a sentir la división entre continentales y nativos. A mí me dicen: ¿por qué no se van para donde ustedes vienen y denuncian la gente de allá y no la de aquí? El gobernador fue inicialmente suspendido y después fue a la cárcel por esa acción, que lo denunciaba por malversación de fondos, urgencias manifiestas no existentes, sobrecosto de contratos, corrupción. Hubo varios funcionarios

sancionados como resultado de las denuncias. Otro gobernador, Leslie Maffya Bent, fue suspendido primero y luego destituido y encarcelado. No solo por la acción que yo entablé sino que hubo otras muchas denuncias contra él. Todo esto funcionó antes de que se formara la organización con amigos del proceso que desarrollábamos.

Desde 1999, creamos una organización que se llama Sentido de Pertenencia, y que ejerce como veeduría. Somos cuatro personas, dos nativas y dos continentales. Mi frustración en este momento es que no hemos podido pasar de la denuncia a la propuesta. Hay mucha corrupción, no solo en la isla sino en todo el país. Ha sido difícil, entre otras cosas, porque los funcionarios públicos nos ven más como enemigos que como colaboradores.

Las mujeres de la isla buscan soluciones

El mayor problema y la mayor solución es que no tenemos identificado plenamente cuál es el problema principal. No hay norte. Hay mucha división. No hay unidad de visión. Se habla de la sobre población después de que se desató el problema. Pero ese no sería el verdadero problema sino la falta de planificación. No nos hemos comprometido, ni nativos ni continentales, a pensar la isla. Si no la sentimos ni la pensamos, no puede haber solución.

Lo que se viene ahora es una lucha dura por la conservación de la cultura, de la gente nativa con su hábitat. Implica enfrentamiento en todo. En este momento o es usted o soy yo, no hay otra alternativa. Es la lucha por la supervivencia. Es agresiva, así no haya guerrillas ni paramilitares.

Las mujeres pueden hacer por el archipiélago dos cosas: después de amar, gobernar. Amar porque cualquier proceso que se haga, llámese reivindicación, lucha por sus derechos, búsqueda de espacios colectivos, no se da si no hay ternura. Y, por naturaleza, nosotras las mujeres llevamos la ternura dentro en todo lo que hacemos -sin decir por eso que los hombres no son tiernos. Ese es el secreto de por qué a las mujeres se nos den las cosas: la energía que les ponemos. Claro, si no somos más machistas que los mismos hombres, y si no hay envidia y rivalidad entre las mujeres.

Pero las mujeres tienen que tomarse la isla. No es sino ver las abuelas de donde vivo, que manejan su casa y su patio con mucha altivez. No es lo mismo una mujer gobernando que un hombre. Es un proceso duro, porque la isla, siendo caribeña, es también muy patriarcal. La isla, administrada por mujeres, sería maravillosa. Las mujeres tienen que tomarse la isla. El proceso se está dando. Vemos una red de mujeres trabajando, exigiendo sus derechos a través de procesos como las juntas comunales, la elección popular. Ojalá que las dos mujeres que están en la asamblea departamental entendieran el lenguaje de las mujeres y fueran más solidarias con ellas.

Se está dando un proceso muy interesante. Tengo que hablar de alguien importante en el proceso de cambio de la isla como es June Marie Mow Robinson. Su trabajo en la Corporación Coralina ha sido y será determinante para el proceso del archipiélago. Tanto que la entidad que dirige uno la siente como propia. Coralina es el ejemplo de la buena administración de la isla. Le he puesto a June Marie derechos de petición y los ha respondido sin molestar, a diferencia de lo que ha pasado con otras entidades, que se molestan porque se pone, por ejemplo, un derecho de petición. Es una de las funcionarias que, como mujer, como persona está convencida del trabajo de base, lo aprueba y promueve. Ella cree que esto se puede cambiar con el trabajo de todos, cree en el trabajo colectivo. Ella ha sido coadyuvante en acciones populares porque cree en la participación comunitaria.

Por mi parte, me he ido quedando en San Andrés, por la gente, que es muy bella, por el mar, por el Caribe... Siento que aquí soy una privilegiada. Mi vida en diez años la veo fuera de la isla y a lo mejor fuera del país. Hay que salir a ver otras cosas. Estoy convencida de que donde uno esté hace su país, lucha por él y por su gente. Sigo y seguiré siempre agradecida con mi hermano, a quien le debo mi formación, con mi madre, que me enseñó a leer, con mi madre, que con su ternura me mantiene, con mis amigos Martha Arango y con Hernando Bowie, un hombre nativo que con su magia isleña me enseñó a reencontrarme con la vida.